Instrumentalismo, “wishful thinking” y nuevos sujetos sociales: los discursos sobre la inmigración desde la llamada izquierda política

Instrumentalism, Wishful Thinking and new Social Subjects: the Discourses on Migrations from the Political Left

Emma Martín Díaz
Universidad de Sevilla
emma@us.es

Resumen

Adoptamos la forma de ensayo para efectuar un análisis sobre la producción narrativa en torno a la inmigración desde las posiciones de la denominada izquierda política. Entendemos la producción narrativa como un método de análisis de carácter cualitativo, que intenta ir más allá de la reflexión para complejizar el campo teórico en el que se inscriben estos discursos. Para ello, hemos optado por agrupar los tipos de representaciones sociales en torno a la inmigración en tres amplias categorías envolventes: la “versión instrumental”, el “wishful thinking” y el “nuevo sujeto social” La deconstrucción de estos discursos constituye el objetivo del artículo.

Palabras claves: Producción narrativa, conocimiento situado, subjetividad política

Abstract

This article deals with the narrative production from political left relating to the topic of migration. Narrative production is understood as a methodology that emphasizes the complexity of theoretical field of social representations. For this purpose, I have draft tree surrounded categories: the ‘instrumental version’, the ‘wishful thinking’, and the ‘new social subject’, with a focus on their deconstruction.

Keywords: *Situated Knowledges, Political Subjectivity Narrative Production*

Este artículo adopta la forma de ensayo para efectuar una reflexión sobre las narrativas en torno a la inmigración producidas por la denominada izquierda política. Con este término difuso, que no pretendemos definir en estas páginas, queremos abarcar una heterogeneidad de actores sociales entre los que destacan partidos, sindicatos y una variedad de ONGs, aglutinadas en torno al ejercicio de la solidaridad pro-inmigrante. Aunque podría objetarse que estas entidades pertenecen a sectores sociales diferentes, todas ellas participan de manera determinante en la producción de estos discursos, bien asumiendo determinados planteamientos de la izquierda política por su vinculación directa o indirecta a los partidos de izquierda, o bien contribuyendo activamente en la producción y/o en la difusión de estas narrativas entre la población.

El interés de este ensayo radica en que son numerosas las voces autorizadas que, cargadas de razón, alertan a la sociedad de que en etapas como las que atravesamos, de crisis económica generalizada, el recrudecimiento de la intolerancia hacia los inmigrantes entre amplios sectores de la población nativa es una realidad evidente. También es cierto que en este contexto el populismo y la demagogia impregnan el discurso político de las organizaciones conservadoras, en la seguridad de que éste conecta fácilmente con un electorado asustado, que busca descargar su frustración por el retroceso de las conquistas sociales. Más discutible podría ser la acusación generalizada de incremento del racismo entre la población, como esperamos demostrar. Sin embargo, se ha dedicado mucha menos atención a la producción de mensajes y discursos que intentan contrarrestar estas dinámicas narrativas. En parte, porque un núcleo importante de los críticos de las posturas demagógicas y populistas asume que detrás de estos contra-discursos se parapeta “la verdad”, que frente a las narrativas interesadas se exhiben los “hechos objetivos”, pero no debemos desdeñar que en este contexto de crisis tiene lugar un auge del denominado “pensamiento positivo”, que impregna también las posiciones consideradas “de izquierda”, y que amplios sectores de la población que se identifican con estas posiciones perciben como el *maná* necesario para afrontar las difíciles condiciones de vida para el conjunto de la población.

Pretendemos llamar la atención sobre cómo determinadas visiones y planteamientos sobre los procesos migratorios que se generan desde estas posiciones políticas “de izquierda” acaban desembocando en estereotipos que, paradójicamente, se vuelven contra el origen mismo de estos discursos y su intencionalidad, en el desarrollo de un proceso de difusión que requiere de un esfuerzo que trascienda la mera reflexión, que, de todas formas, no se está produciendo con la intensidad y profundidad que este contexto histórico requiere.

La producción narrativa “en tiempos de globalización”

Entendemos la producción narrativa como un método de análisis de carácter cualitativo, que intenta ir más allá de la reflexión sobre un tema concreto, en este caso

los discursos sobre la inmigración, para complejizar el campo teórico en el que se inscriben estos discursos. Este enfoque pretende unir los ámbitos del análisis hermenéutico y de las ciencias sociales. Para ello, recurre a una pluralidad de técnicas de investigación focalizadas en el uso de la metodología del **conocimiento situado** (Haraway, 1991) como forma de trascender la dicotomía entre lo teórico y lo empírico, partiendo de la base de que cualquier tema es tratado desde la subjetividad, y que, en lugar de trascender ésta, lo que hay que hacer es reconocerla, manifestando que todo conocimiento es parcial y políticamente interesado.

En este ensayo asumimos el planteamiento de Mato (2003, pp.14-15) cuando afirma que:

“Las formas en las cuales los individuos actúan en sociedad no responden de manera simple y directa, ni predeterminada, a estímulos supuestamente “objetivos” que les presentaría algo a la cual algunos suelen llamar “realidad”...Por el contrario, estas formas de acción social responden a sistemas complejos de mediaciones entre lo que los individuos sienten y piensan, tanto respecto de sí mismos, como de sus relaciones con los demás, y de lo que observan e interpretan más allá de ellos mismos y de esas relaciones directas. También responden a las relaciones que estos individuos sostienen entre sí dentro de cualquier orden social que consideremos, así como a su participación en diferentes tipos de organizaciones e instituciones sociales, de manera más general a su experiencia social. Todas estas mediaciones y relaciones también son constitutivas de esa “realidad”.

Según este autor, “sólo es posible hacer análisis parciales y construirlos sobre categorías analíticas, y en tal sentido son válidos; lo que no podemos es olvidar su carácter parcial y su validez condicionada por las características de estas categorías”. También nos alerta sobre el riesgo que supone asumir como preexistentes determinadas separaciones que suelen hacerse entre supuestos ámbitos de la experiencia social (“lo económico”, “lo político”, “lo cultural”, “lo social”), que, si bien pueden resultar útiles desde los puntos de vista analítico y expositivo, pueden conducir a la esterilidad científica si desembocan en posturas reduccionistas o en la reificación metodológica.

De manera coherente con estos planteamientos, debemos enfatizar que las narrativas sobre la inmigración que constituyen el núcleo de este ensayo no son expuestas como una versión sesgada o parcial de “la realidad” porque exista una realidad objetiva y diferenciada más allá de estos discursos, sino porque cualquier interpretación reflexiva está en origen sesgada y es parcial, y, como afirma Mato en la cita anterior, estas interpretaciones son también constitutivas de esa “realidad”. Reconocer este sesgo y esta parcialidad supone traer a primer plano del análisis narrativo la subjetividad constitutiva de los procesos sociales y de las producciones de sentido. De esta forma, las contradicciones presentes en estas narrativas deben ser

entendidas no como fracturas e incongruencias del discurso, sino como reflejo de la multiplicidad de significaciones y sentidos de la acción social. Se trata de huir de posiciones que establecen categorías dicotómicas entre las prácticas y las representaciones sociales. Desde este planteamiento simplista, podríamos considerar que los imaginarios, la producción de sentido, y/o de significaciones tienen como única función legitimar o negar la legitimidad de las prácticas sociales, planteadas como plenamente intencionales y coherentes, y que, por tanto, una representación que incurriera en lo contrario de lo que el sujeto define como principio de acción sería incongruente. Sin embargo, nuestro punto de vista es que estas representaciones sociales, aunque puedan ser contradictorias entre sí, son centrales en las prácticas sociales, como fundamento mismo de su organización (Godelier, 1989). De este modo, su diversidad interna está en consonancia con la existencia de modelos simultáneos que desarrollan diferentes condiciones de posibilidad. Por tanto, más que producirse una fractura entre el discurso y la práctica, lo que tiene lugar es una multiplicidad de respuestas a y en la experiencia social, si bien es posible afirmar, también con una pluralidad de autores, que esta multiplicidad de respuestas tiene lugar de manera fragmentada.

Para comprender esta fragmentación es necesario aludir al contexto actual en el que tiene lugar la experiencia social. Si bien una parte muy significativa del criticismo y el constructivismo posmodernos presentan una fuerte tendencia a la ahistoricidad en sus análisis, desde las ciencias sociales son cada día más frecuentes los estudios que enmarcan los procesos sociales en el marco de la globalización. No es nuestra intención entrar aquí en la definición de este contexto, pero sí señalar que entendemos necesario, no sólo completar el enfoque metodológico, sino, sobre todo, contextualizar la producción de narrativas “en tiempos de globalización” (Matos, 2003, p.11).

Hay una serie de rasgos de la globalización que nos interesa destacar por su pertinencia para el análisis que nos disponemos a emprender. El primero hace referencia a la “crisis de sentido” (Berger y Luckman, 1997) que según estos autores es consecuencia directa del paso de la obligación de creer a la libertad de escoger, propiciada por las dos instituciones centrales de la primera y la segunda modernidad, el Estado (la democracia) y el Mercado (el consumo generalizado) respectivamente. Este “pluralismo moderno” (sic) está en la base de la fragmentación de la experiencia social, y, por tanto, en la fractura de los discursos sobre la inmigración. En esta fractura las tensiones entre el Estado y el Mercado juegan un papel determinante, al exigir lealtades contradictorias e imponer modelos imposibles de conciliar. Esta tensión se traslada de las instituciones a los sujetos, dando lugar a una diversidad de experiencias que pueden ser (mal) interpretadas como incongruencias, como tendremos ocasión de demostrar.

La otra cuestión hace referencia a la necesidad de utilizar nuevos instrumentos para la aprehensión de la experiencia social, lo que supone poner en cuestión el

mundo de estructuras y sistemas en el que se ha desarrollado nuestra producción académica hasta finales del siglo pasado. Los grandes paradigmas científicos que eran utilizados para describir y explicar, en una relación de causalidad y desde una perspectiva holística, los modelos sociales, han demostrado su incapacidad para enfrentar las características de los procesos sociales actuales. Esto no supone minimizar el alcance de sus resultados, ni mucho menos proponer su sustitución por nuevos paradigmas, sino enfatizar que las coordenadas espaciales y temporales han sufrido un proceso de resignificación que debe ser tenido en cuenta en el análisis de la experiencia social.

El estudio de los procesos migratorios experimenta una importante transformación en una doble dirección: en relación con la expansión sin precedentes de los intercambios y flujos de la producción y las mercancías, de las finanzas y la comunicación, y de las personas y las ideas que caracteriza el momento actual del capitalismo global, y, unido a estos fenómenos, la aparición de nuevos planteamientos teóricos en el conjunto de las ciencias sociales que intentan dar explicaciones de diverso alcance a estas realidades, que si bien no son nuevas en su conjunto, si adquieren nuevas formas que obligan a los investigadores a repensar el mundo en el que vivimos. Esto implica revisar conceptos claves como sociedad y cultura, en la medida en que han cambiado los soportes básicos para su análisis: básicamente el territorio y la forma político-administrativa que caracterizó la entrada de las sociedades en la “primera modernidad” a escala global, el Estado-nación. Contrariamente a lo que preconizaban las teorías heredadas de la Ilustración y del Evolucionismo Científico, en cualquiera de sus variantes liberales o comunitaristas, la interconexión creciente entre las distintas sociedades del planeta no ha ido acompañada ni de mayores cotas de riqueza y bienestar para todos los individuos, ni de una mayor solidaridad entre los productores de las distintas naciones. Al contrario, la creación de riqueza ha experimentado un ascenso vertiginoso a medida que ha ido desvinculándose de su dependencia de la producción y aprovechando las ventajas de la contracción del espacio y del tiempo que permiten las nuevas tecnologías para la ampliación del capital financiero. Al mismo tiempo, estos procesos han facilitado la transterritorialización, que no desterritorialización, de la producción aprovechando las oportunidades que presentan para el *dumping* laboral la diferencia salarial y de las condiciones de trabajo y de protección social entre las distintas zonas del planeta, generando importantes conflictos de intereses entre los trabajadores de los distintos países. Pero también es cierto que la expansión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación permiten que los trabajadores de todo el planeta se beneficien de esa contracción de las categorías espacio-tiempo, dando lugar a la aparición de nuevos desplazamientos a escala planetaria que intentan aprovechar esta nueva realidad en su propio beneficio. Del mismo modo, hoy es posible implementar acciones globales de respuesta a las violaciones de los Derechos Humanos, a las catástrofes naturales, y a la violencia política en cualquier lugar del planeta prácticamente en tiempo real, favoreciendo el fortalecimiento de las redes

internacionales de solidaridad. En resumen, podemos señalar que si bien es cierto que las desigualdades en términos de renta experimentan un ascenso como consecuencia de los nuevos modelos económicos, también las respuestas, adaptativas o impugnadoras, a esta situación se han multiplicado. El resultado es el incremento constante del flujo de personas que se trasladan buscando un lugar que ofrezca las oportunidades que se les niegan en sus lugares de origen para poder desarrollar sus proyectos vitales, pero también un aumento significativo del número de profesionales y técnicos que desarrollan sus actividades en la dirección inversa: de las zonas ricas del planeta a las menos favorecidas, ejerciendo la solidaridad, o buscando un lugar donde invertir. En su conjunto, todos estos procesos ponen el énfasis en dos tendencias claves que caracterizan el modelo de globalización actual: por un lado, el incremento de todos los flujos, y, consecuentemente, la creciente interconexión entre las personas y las sociedades, y, por otro, la desarticulación que existe entre estos flujos (Apadurai, 1990).

Volviendo a Mato, (2004) “en estos “tiempos de globalización” esas relaciones y mediaciones...de ningún modo se limitan a restringidos ámbitos locales o nacionales. Sin embargo,...no por ello los contextos locales y nacionales resultan irrelevantes: por el contrario en general resultan altamente significativos”. Al optar por radicar nuestro análisis en el ámbito de un Estado concreto pretendemos enfatizar lo inadecuado que resulta para nosotros la idea de “desterritorialización” de la experiencia social, propuesta por algunos teóricos de la globalización. Es necesario tener en cuenta que, si bien es posible que el Estado ya no sea el mayor portador de poder de nuestra era, ello no significa que no mantenga su capacidad para generar modelos de identificación caracterizados por una dicotomía de inclusión y exclusión que subyace en el conjunto de narrativas producidas sobre los procesos migratorios por los distintos actores sociales. Esto no significa que los procesos globalizadores a los que acabamos de aludir no incidan de manera decisiva en la producción de estos discursos, como tendremos ocasión de comprobar, pero si es importante remarcar que, aunque los estados actuales están insertos en unidades económicas, e incluso políticas, más amplias, la ciudadanía como espacio político y como ámbito de representación sigue siendo un referente de carácter nacional que no es posible obviar en el análisis de estas narrativas.

Sin embargo, las representaciones sociales sobre la ciudadanía y sobre la nación no escapan de las dinámicas citadas de transnacionalización de la experiencia social. Es importante, para conectar los dos ámbitos que enmarcan nuestro ensayo, el análisis de la producción narrativa sobre la inmigración en tiempos de globalización, destacar el papel que “ciertos complejos de relaciones transnacionales...tienen en los procesos sociales contemporáneos”. Entendiendo por complejos “la existencia de multiplicidad y complejidad de relaciones entre redes de relaciones transnacionales que se organizan y sostienen, por interés mutuo de sus participantes, en torno a la

producción de ciertos tipos específicos de representaciones sociales de una idea o sistema de ideas” (Mato, 2004, p.70).

La multiplicidad y complejidad de relaciones a la que acabamos de hacer referencia es la que nos ha decantado hacia la inclusión en un mismo ámbito de análisis de organizaciones que en principio se presentan claramente diferenciadas, como son los partidos políticos, las organizaciones sindicales y las ONGs. Si bien desde una posición académica podría considerarse que el ámbito “natural” de estas organizaciones serían el Estado, el Mercado y el “Tercer Sector”, respectivamente, una estructuración de este tipo no se presta a los objetivos de este ensayo. Conviene recordar que no pretendemos hacer un análisis del papel de estos “sectores” (término que consideramos excesivamente ambiguo y poco operativo) en la producción de narrativas, sino tomar esta producción como punto de partida de nuestro análisis.

Tirar del hilo de la producción de un tipo específico de representaciones sociales en torno a un sistema de ideas como eje del análisis implica efectuar un ejercicio de investigación muy diferente del que suele ser habitual en el campo de las ciencias sociales, y, además, es una tarea no exenta de riesgos. Uno de los más evidentes refiere a la propia estructura del análisis; cómo seleccionar este sistema de ideas y como organizar su interpretación. Referente al primer punto, hemos optado por seleccionar aquellas narrativas que se presentan y se perciben como alternativas al discurso nacionalista y excluyente que establece una clara frontera entre un “nosotros” nacional y un “ellos” extranjero como puntos de partida y de llegada. En otras palabras, las representaciones sociales en torno a la inmigración defendidas por los sectores políticos más conservadores de la sociedad y apoyadas por un porcentaje mucho más amplio de la población, que no necesariamente se identifica con estas posiciones políticas, no forman parte de nuestro análisis, sino aquellas que se significan como “solidarias”. Aunque habría que precisar qué se entiende por “discursos sobre la inmigración”, podemos simplificar afirmando que el conjunto de representaciones sociales sobre este tema, en todas sus versiones ideológicas, es el que motivó que durante la primera década de este siglo “el problema de la inmigración” apareciera de manera sistemática entre los tres primeros problemas del país en las encuestas de opinión. Respecto a la cuestión de cómo organizar el análisis de esta producción narrativa, el riesgo más evidente es qué elementos de los discursos seleccionar y cómo agruparlos. Hay una ingente cantidad de producción ideática sobre la cuestión: discursos mediáticos, declaraciones políticas, materiales didácticos, informativos, campañas de sensibilización, y demás repertorio que es necesario sistematizar. En este sentido nuestro principal recurso ha consistido en la inmersión personal en la investigación de esta temática durante cerca de treinta años. Además, esta labor investigadora, que implica el conocimiento y contacto directo, sostenido a lo largo de los años, con los diferentes actores sociales, se ha complementado con la labor de asesoramiento y de formación dentro de estas organizaciones y sectores sociales. Pese a todo ello, y coherentemente con nuestro punto de partida teórico y

metodológico, lo que se ofrece es una versión parcial y políticamente interesada de la “realidad”, en este caso desde el punto de vista del investigador/formador, y no la interpretación “verdadera” de un fenómeno social objetivo e incuestionable.

Hemos optado por agrupar los tipos de representaciones sociales en torno a la inmigración que hemos seleccionado para nuestro análisis en tres amplias categorías envolventes: la primera sería la “versión instrumental”, la segunda el “wishful thinking” y la tercera la del “nuevo sujeto social”. Las páginas siguientes las dedicaremos a describir los principales elementos constitutivos de estas tres categorías.

La “versión instrumental” de la inmigración

Por versión instrumental entendemos el repertorio de representaciones sociales sobre la inmigración agrupado en torno a un sistema de ideas que coloca en el primer plano de estas representaciones la funcionalidad económica del proceso. En la actualidad la institución de referencia es el Mercado, se sea o no consciente de esta referencia. El predominio de este “sacro social” (Moreno, 2002) determina que la producción de significado sobre esta funcionalidad económica haya experimentado una variación consistente en desplazar a la sociedad por el mercado como destinataria de esta funcionalidad.

Para apoyar esta afirmación resulta interesante destacar el cambio experimentado en relación a las representaciones sociales de carácter instrumental de la inmigración con respecto a épocas anteriores. Es evidente que el reduccionismo economicista ha sido una constante tanto en el análisis como en las representaciones sociales sobre los procesos migratorios. De hecho, la conocida frase del escritor suizo Max Firsich: “queríamos mano de obra y nos llegaron personas” hace referencia a un modelo migratorio anterior, el de las migraciones de la etapa fordista de la economía, bastante diferente a las migraciones que tienen lugar en el contexto actual. Lo sugerente es que en esos momentos el referente central de la inmigración, desde esta perspectiva economicista eran las relaciones de clase en el seno de los Estados-nación. La cuestión se centraba en la pregunta: ¿quiénes son estos inmigrantes? Y la respuesta en un primer momento se enfocó hacia la simultaneidad de dos percepciones difícilmente compatibles: eran a la vez trabajadores y extranjeros. Por tanto, como trabajadores insertos en el mercado de trabajo nacional del país receptor, debían ser reconocidos en sus categorías laborales en las condiciones que marcara la legislación, pero como extranjeros quedaban excluidos de la plena participación social, incluida la participación en el ámbito sindical. En este conjunto de representaciones la categoría nacional se impone a la categoría clase social, lo que provocará que, cuando este modelo económico entre en crisis y los trabajadores pierdan su funcionalidad, su condición de extranjeros permanezca, por el contrario, inalterada. A partir de este momento, mediados de los años setenta del pasado siglo, en los países receptores de

esa población inmigrante las representaciones sociales sobre la inmigración girarán en torno a la idea de la integración de estos inmigrantes, y de sus hijos, que heredan la condición de extranjeros de los padres incluso aunque tengan la ciudadanía del país, como un **problema** al que intentan dar respuesta de formas diferentes, en relación con las distintas culturas políticas existentes en los países respectivos.

En el momento en que tiene lugar la “nueva emigración”, en los años ochenta del siglo pasado (Mottura, Pugliese, 1992), el referente ha variado sustancialmente. La economía en general, incluyendo la productiva, se encuentra en un proceso de desregularización muy significativo, y, por consiguiente, el trabajo como oficio y como seña de identidad deja de ser un referente de primer orden en la producción de sentido. Esto es debido a que los cambios de ocupación son constantes y la precariedad de las situaciones laborales tampoco ayuda a la creación de un vínculo sólido de identificación con la actividad que se desempeña. Incluso los cambios en las posiciones de clase tienen lugar con mucha mayor frecuencia: de empleado por cuenta ajena a autónomo, o empresario. Paralelamente, esta situación de precariedad e incertidumbre va generando una situación paradójica. Por una parte, se produce un importante descenso de la natalidad, por otra, este descenso de la natalidad convive con una tasa de paro muy significativa. En este contexto, el discurso sobre la funcionalidad de la inmigración adquiere nuevos matices interesantes, que reflejan directa o indirectamente las contradicciones del modelo económico.

En la producción de los discursos sobre la funcionalidad económica de la inmigración en tiempos de globalización es fácilmente perceptible la diferencia existente entre la creciente desregularización de las relaciones económicas, incluidas las laborales, y el deseo de “ordenar” los flujos migratorios que enuncian estas posiciones. Frente a los discursos e imaginarios sociales que presentan y perciben a los inmigrantes como competidores potenciales por el empleo en el mercado de trabajo nacional, al que se le presupone implícita o explícitamente con capacidad para gestionar y regular las relaciones laborales, estas posiciones no cuestionan el modelo, sino que, bien al contrario, lo legitiman al elaborar unas representaciones sociales que parten de la base de que lo que hay que hacer es “ajustar” los flujos migratorios a las “necesidades” del modelo. Hasta aquí podría pensarse que existe poca variación con los discursos que evidenciaban la necesidad de contar con modelos de migración ordenada en la época anterior. De hecho, para muchos de los actores sociales involucrados en la producción de este tipo de narrativas el paradigma de “migración ordenada” es la modalidad de “trabajador invitado” (Gastarbeiter) que caracterizó el reclutamiento de mano de obra en la época fordista. La defensa de esta figura contractual como modelo a seguir oculta, entre otras cuestiones importantes, la negación de derechos fundamentales existentes detrás de esta modalidad. Expresado de otro modo: en el equilibrio entre funcionalidad y derechos la primera parte de la relación está fuertemente sobrerrepresentada. En este aspecto podría destacarse que se sigue pensando la inmigración en términos de mano de obra, y no de personas.

Estas representaciones sociales son las más arraigadas entre la clase política, las organizaciones empresariales, los sindicatos, y una parte de la intelectualidad. Pese a su diferencia de intereses, todos ellos apuestan por la definición de las categorías de migrantes que mejor se adapta al control migratorio. A partir de que estas narrativas se convierten en hegemónicas entre quienes tienen el poder de imponer las políticas migratorias, se despliegan una variedad de estrategias centradas en la definición de las modalidades legales de entrada al país: contingentes, contratos en origen, acuerdos bilaterales, y otras modalidades de reclutamiento que son negociadas en las distintas entidades creadas para la gestión de los flujos migratorios. En la negociación que se establece cada parte intenta defender sus intereses: estatales, regionales, locales, empresariales y sindicales, que a menudo son contradictorios o difíciles de conciliar, aunque al final se imponga un acuerdo que acaba definiendo el número de personas que pueden entrar en el país “de manera legal”.

Sin embargo, es sabido que sólo una pequeña parte de las entradas en el territorio nacional se ajustan a estas dinámicas. La mayor parte de los inmigrantes que entran en el país lo hacen de manera clandestina, mayoritariamente como turistas a través de los aeropuertos, y en mucha menor medida en embarcaciones que cruzan el océano. Desde unas representaciones sociales que se centran en el control migratorio estas llegadas “ilegales” son interpretadas en relación a las coordenadas en las que se produce “la realidad”. De este modo, los desajustes entre la oferta y la demanda se dan porque tiene lugar un “efecto llamada” que, según la posición política y de clase de los actores sociales, es causado por la laxitud del gobierno, -procesos de regularización, déficit de vigilancia, falta de ejecución de las medidas de repatriación-, o por la existencia de unos empresarios sin escrúpulos que se aprovechan de la situación de irregularidad administrativa para explotar a estos inmigrantes, contribuyendo a incrementar la economía sumergida. Estas interpretaciones resultan coherentes con un planteamiento que se basa en la idea de que el mercado de trabajo nacional puede ser regulado, y que propugnan un fortalecimiento del Estado como mecanismo correctivo de la influencia desreguladora del Mercado. Sin embargo, la cuestión de fondo es si realmente es posible, en tiempos de globalización, un reforzamiento del Estado, cuando, como plantean numerosos autores, estamos en un contexto en el que las instituciones estatales son incapaces de imponer un orden social a las dinámicas de deslocalización productiva, de especulación financiera y de desplazamientos masivos de la población mundial. En esta dinámica, el énfasis en el control de los flujos migratorios puede interpretarse como un afán de mantener el orden social preexistente, aunque sea en el nivel de las representaciones sociales, y resulta lógico que sean los sectores sociales de la “primera modernidad” (Beck, 1998) quienes estén más directamente involucrados en la producción narrativa que viene a legitimar su propia existencia como actores fundamentales en las relaciones sociales.

Además, las representaciones sociales que cargan las tintas en la funcionalidad económica de los inmigrantes, al no cuestionar el modelo social en el que se basan

estas representaciones, a lo más que aspiran es a constituirse en la cara “brillante” del discurso xenófobo que presenta a los inmigrantes como una peligro potencial para la población nacional. Frente al “están aquí para robarnos el trabajo”, se construye la idea de “que están aquí porque los necesitamos”. Dejando de lado el componente descarnadamente instrumental de este planteamiento, para el conjunto de la población puede ser muy difícil comprender la convivencia simultánea de altos índices de paro y presencia de inmigración, sobre todo en un contexto en el que se enfatiza que se puede y se debe regular. La contradicción entre ambos datos, paro masivo y necesidad de inmigración, provoca entre la población nacional el efecto contrario al buscado con estos discursos: la deslegitimación tanto de estas representaciones sociales sobre la funcionalidad de los inmigrantes como de los actores sociales que las sustentan. Esta deslegitimación, unida a otras deslegitimaciones provocadas por esta misma incapacidad de “salir de los parámetros del modelo económico” está en la base del descenso de votos de las formaciones de izquierda entre su electorado “natural”. También es la causa del ascenso de los planteamientos populistas, xenófobos y nacionalistas en este mismo electorado, al señalar al chivo expiatorio causante del “malestar en la globalización” (Stiglitz, 2002).

Cuando los términos se cargan de magia: el predominio del “wishful thinking”

En la medida en que tiene lugar el derrumbe, o, al menos, el cuestionamiento de las representaciones sociales que constituyen los fundamentos de la acción política de la “primera modernidad”, la necesidad de reemplazar los análisis para adaptarlos a las nuevas condiciones de la experiencia social se va haciendo patente. En este caso, los especialistas que deben asumir la tarea de crear nuevas configuraciones de sentido son los “expertos”, entre los que destacan los académicos. En este apartado nos centraremos en la producción narrativa destinada a dotar de nuevos elementos reflexivos la experiencia social, y en concreto la que hace referencia a la diversidad cultural, y en algunos de sus efectos no deseados.

Si la crisis económica es claramente percibida por la totalidad de la población es porque sus efectos se dejan sentir en las vidas cotidianas de los sujetos: pérdida del empleo, sobreendeudamiento, y disminución del poder adquisitivo son circunstancias que afectan a amplias capas de la sociedad. Sin embargo, no es esta la única crisis que está teniendo lugar en estos momentos, la “crisis de sentido” afecta al conjunto de las instituciones responsables de garantizar el orden social y organizar las relaciones sociales. Entre ellas, el Estado-nación atraviesa una crisis que algunos autores (Martín, 2003) consideran que posee una triple dimensión: de atribuciones, de legitimidad y de representación. A las fuerzas políticas tradicionales les corresponde apuntalar simbólicamente el sistema de ideas que legitima la existencia de los Estados-nación para evitar que la crisis citada acabe des-significando su propia existencia. Sin embargo, cada vez es más patente la presencia de la multiplicidad y complejidad de relaciones entre redes de relaciones transnacionales a las que hacíamos referencia en

el apartado teórico, sostenidas por y dedicadas a la producción de nuevas configuraciones de sentido que desbordan los límites del tablero diseñado para la producción de sentido en la primera modernidad.

En tiempos de globalización, los *paisajes mediáticos* y los *paisajes ideáticos* (Appadurai, 1990) difunden y generan nuevas narrativas que se superponen a las previamente existentes. En el campo que nos ocupa, afectan decisivamente a las representaciones sociales que se articulan en torno a la gestión de la diversidad cultural. Si en la primera modernidad esta temática era competencia exclusiva de los Estados, planteándose una relación dialéctica entre éstos y las minorías, la transnacionalización de la experiencia social requiere de nuevos conceptos que se adapten y reflejen la existencia de estas redes de relaciones múltiples y complejas.

En el ámbito de la gestión de la diversidad cultural, corresponde a los expertos elaborar nuevas proposiciones y nuevas categorías de análisis. Aprovechando la velocidad y el incremento de los flujos de comunicación, estas propuestas teóricas son asimiladas, reproducidas y difundidas por los distintos sectores sociales implicados, aunque, como señala Appadurai (op. cit.), en este proceso de traducción tiene lugar un desplazamiento del sentido originario que provoca problemas de dos tipos: semánticos y pragmáticos. En consecuencia, nos encontramos ante representaciones polisémicas que se caracterizan por la confusión que se genera por el uso, al mismo tiempo generalizado y particularizado, de un mismo término o concepto. A modo de ejemplo nos centraremos en un concepto que se encuentra ampliamente difundido entre los actores sociales implicados en la gestión de la diversidad cultural: el de la **interculturalidad**.

Bajo este mismo término se agrupa una gran variedad de definiciones que, como único punto de partida común, dan por supuesto que los modelos de integración de la diversidad que habían empleado los Estados-nación han fracasado. Nótese que en la práctica totalidad de los análisis a los que hemos podido acceder el fracaso se desplaza de los Estados-nación a las políticas concretas ejecutadas por estas instituciones. Por tanto, para describir la pertinencia de la interculturalidad en el contexto actual se habla de fracasos de modelos ideales expresados en momentos históricos anteriores: en concreto durante las migraciones del fordismo. Se habla del fracaso del “modelo asimilacionista”, pero en este caso se achaca este fracaso a la incorrección política que suponía el querer borrar las diferencias culturales. Por el contrario, se nos dice, el “modelo multiculturalista” crea ghettos, y, por tanto, su fracaso está motivado por la segregación social que establece. De esta manera se consigue, aunque éste no sea el efecto buscado por la mayoría de los analistas, producir la ficción de una población nacional integrada frente a una población inmigrante “por integrar”, y, consiguientemente, poner el foco en la no integración de los inmigrantes como un “déficit de ciudadanía”, en lugar de centrarlo en la pérdida progresiva de atribuciones que la ciudadanía experimenta como modelo de integración

y como mecanismo de participación política. Sin embargo, cada vez son más los expertos que insisten en el hecho de que la diversidad cultural debe ser contemplada bajo nuevos parámetros, que implican superar el marco de los Estados-nación como las únicas instituciones encargadas de gestionar esta diversidad. En este contexto surge el concepto de interculturalidad.

Detengámonos en la deconstrucción del concepto que se propone como sustituto a la vez del asimilacionismo y el multiculturalismo. Aunque, como hemos afirmado, existe una gran variedad de definiciones de este término, hemos seleccionado una de ellas por dos razones: la primera es porque comparte gran parte de los referentes fundamentales comprendidos en una mayoría de estas definiciones. La segunda porque proviene de uno de los expertos más internacionalmente reconocidos en esta materia, Michel Wieviorka. Para este autor (2003, pp. 29-30):

“La interculturalidad...reenvía a la imagen de las relaciones que tienen lugar de manera directa entre culturas diferentes, por la base y desde la base hacia lo alto. Implica procesos de reconocimiento mutuo entre culturas, ya sea entre culturas minoritarias o dominadas y entre éstas y la cultura dominante en el seno de una sociedad. La interculturalidad significa que los intercambios y los diálogos entre culturas puedan desarrollarse en el respeto mutuo, lo que no es lo mismo que el multiculturalismo, el cual reenvía a la imagen de un Estado o de instituciones que aseguran “desde arriba” el reconocimiento de culturas diferentes, y la puesta en práctica eventual de medidas sociales para sus miembros.”

Hay tres ideas-clave en la definición del concepto que nos interesa destacar: la primera refiere a la inversión de la tendencia en las relaciones sociales. Frente a las políticas multiculturalistas, que son competencia del Estado, y que, como tales, son impuestas a la población, el concepto de interculturalidad nos remite a un actor social diferente, “la base”. En este sentido, el concepto entroncaría con los planteamientos de la “globalización desde abajo”, que cuentan con un alto grado de aceptación entre los seguidores de la izquierda política. La dificultad que observamos en esta definición es la que subyace en la distinción entre un actor claramente definido, El Estado, con capacidad para ejecutar políticas, y, por tanto, conceder derechos, y una nula o muy poco definida “base social”, de la que no se conocen ni se explicitan sus capacidades y competencias. Expresado de otra forma: la interculturalidad como concepto falla en una de las principales cualidades que toda definición que aspire a ser concepto debe poseer: la de contener en si misma la explicación de lo que describe. En el caso del multiculturalismo es fácil percibir la relación entre Estado-políticas de reconocimiento-derechos culturales. En el caso de la interculturalidad, a la dificultad de identificar el actor social principal se le añade la falta de concreción del término “procesos de reconocimiento”. Mientras que el término “políticas” tiene unos hacedores y unos destinatarios bastante identificables, el término “procesos” no nos describe ni nos anticipa la acción social. Por último, es significativo que de esta definición desaparezca

la cuestión de los “derechos culturales”, probablemente porque, como sucede con las políticas, parece remitir a un proceso “desde arriba”, con un actor que reconoce (el Estado) y otros que son reconocidos (las minorías), y aquí precisamente radica la segunda parte del problema.

Mientras que el término minorías permite definir los sujetos presentes en las relaciones sociales, resulta muy complicado identificar estos sujetos en las relaciones “entre culturas”. Algunos críticos del multiculturalismo han subrayado que las políticas multiculturales suponen un riesgo evidente de reificación del colectivo, al que se presenta despojado de toda contradicción interna, de género o de clase social, por lo que al menos una parte del grupo puede considerar que están siendo “activamente discriminados en contra” (Eriksen, 1993, p.140). Esta reflexión viene indicada no porque coincidamos en el criterio, sino para subrayar la dificultad de encontrar los sujetos sociales existentes en el proceso de “reconocimiento mutuo entre culturas desde el respeto”.

La explicación de esta indefinición radica en la tercera idea-clave del concepto: mientras que en el multiculturalismo la imagen se corresponde con unas prácticas organizadas y legalmente registradas, la imagen que reenvía la interculturalidad se queda exclusivamente en el plano difuso de un “diálogo de culturas” que extiende un velo sobre las políticas y los derechos, pese a que hay algunas concreciones muy interesantes en este terreno, particularmente en el caso de las relaciones entre el Estado-nación y los pueblos indígenas en América Latina. Sin embargo, no debemos desdeñar las potencialidades del concepto para representar, organizar y legitimar un nuevo marco de relaciones sociales. En todo caso, nuestra crítica va dirigida a cómo es posible que un concepto “muera de éxito”, en la medida en que su generalización va acompañada del hecho de que cualquier actividad en la que estén presentes los inmigrantes sea denominada “intercultural”. Así, jornadas, encuentros y celebraciones de diverso tipo son denominadas “interculturales” por el simple hecho de que en su desarrollo incluyan artesanías, gastronomías y folklores diversos. Todo ello independientemente de que en muchos de estos actos la presencia de “los otros” no inmigrantes se reduzca a algún representante de las administraciones públicas, un reducido número de amigos y compañeros de los ejecutantes, y un número, a veces mayor, de investigadores sociales de diversas disciplinas.

No es casual que sean éstos, y no otros, los actos que reciben la denominación de interculturales. Cautivos del “wishful thinking”, toda conflictividad, presente siempre en los procesos de convivencia, queda velada, así como desaparecen los enfrentamientos tanto internos al grupo como los que tienen lugar entre distintos grupos culturales. En esta voluntad de imponer el “pensamiento positivo” radica, a nuestro entender, una de las principales limitaciones del concepto. Su incapacidad para reflejar la diversidad interna intercultural e intracultural, y el carácter conflictivo de toda relación humana, su deseo de velar, o minimizar la existencia de conflictos e

intereses encontrados, punto de partida de todo reconocimiento mutuo que se pretenda basado en el respeto. Su voluntad de presentarse, en suma, como la visión optimista del “choque de civilizaciones” que plantean los sectores más conservadores de la sociedad.

Entre el racismo y el “nuevo sujeto revolucionario”

La potencialidad del concepto de interculturalidad radica en su capacidad de trascender el marco de la primera modernización como contexto en el que se desarrolla la experiencia social, y su limitación viene marcada por la indefinición de los sujetos sociales protagonistas de este momento histórico. En su búsqueda de nuevos sujetos sociales, los grupos de la izquierda política, y particularmente los que se definen en contra del modelo económico-cultural dominante de la globalización, encuentran que los inmigrantes encarnan el prototipo perfecto de nuevo sujeto social revolucionario. Estas representaciones se oponen a la otra gran tendencia presente en los colectivos de izquierda: el victimismo con el que son representados los inmigrantes, como los eslabones más débiles y necesitados de protección de la escala social.

En su lucha constante por acceder al status de residente “legal”, los inmigrantes cuentan con el apoyo de ambas tendencias. Bajo el lema: “ninguna persona es ilegal” las denuncias y movilizaciones contra los CIES, las deportaciones, las muertes en el Estrecho, y las campañas a favor de la regularización aglutinan a ONGs y movimientos sociales que se reconocen en la lucha por la dignidad de los seres humanos. Sin embargo, estas organizaciones pueden diferir fuertemente en la representación del sujeto destinatario de esta solidaridad. El enfrentamiento entre estas dos grandes tendencias en las representaciones sociales sobre la inmigración se ha traducido en algunas ocasiones específicas en una división entre las asociaciones y movimientos sociales que se reconocen como pro-inmigrantes. En concreto, el encierro de inmigrantes que tuvo lugar en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla durante la Cumbre de Jefes de Estado de 1992 constituye un referente muy claro del desencuentro entre las dos tendencias descritas. Mientras que un sector de la izquierda más “radical” consideró que esta cumbre constituía una excelente oportunidad política para visibilizar la situación de los inmigrantes “sin papeles”, apoyando –u organizando, según algunas versiones- el encierro, y esperando que la repercusión mediática inclinara al gobierno por la opción de la regularización, otro sector, más “institucional” consideró esta medida de presión como absolutamente contraria a los intereses de los inmigrantes, estimando que el gobierno se inclinaría por mostrar ante la “opinión pública internacional” y ante los Jefes de Estado europeos una posición de fuerza cuyo resultado sería la expulsión de los encerrados “sin papeles”. A lo largo del desarrollo del encierro se produjo un interesante proceso de “ventriloquia” (Guerrero, 2000) en el que cada facción acusaba a la otra de tener intereses espurios en el mantenimiento o desmovilización del encierro y de intentar manipular a los encerrados mediante engaños y desinformaciones. Ambas compartían,

sin embargo, la idea de “estar haciendo lo mejor” por los inmigrantes, en un contexto en el que éstos dependían para su conocimiento de la información traducida por los actores sociales “nativos” presentes en el encierro.

En otro lugar (Martín y Castaño, 2004) hemos escrito sobre las repercusiones de este encierro para los inmigrantes y para el sector pro-inmigrante. Lo que nos interesa destacar aquí no son las repercusiones de este hecho en concreto, sino las representaciones sociales diversas presentes en la reivindicación. Mientras que los grupos reconocidos como radicales asumen la idea de Kapuszinski, de que las migraciones son la única acción revolucionaria posible en el mundo actual, los grupos sociales reconocidos como más “institucionales” los perciben como las víctimas del sistema. Estas representaciones sociales son por otra parte coherentes con modelos de acción enfocados a construir nuevas vías para la revolución que den sentido a estos movimientos, por un parte, o a la construcción de un “sujeto asistencial” que da sentido a la existencia de ciertas organizaciones, por otra.

Sin embargo, donde ambas tendencias se encuentran y unen fuerzas es en el campo de la lucha contra el racismo. En España, la visibilidad de la inmigración ha ido acompañada de un crecimiento de la intolerancia y la xenofobia entre la población autóctona, que en ocasiones han conducido a escaladas de violencia racista de alta repercusión mediática y social. Estas actitudes y comportamientos han inducido a los actores sociales pro-inmigrantes a adoptar una doble actitud; por una parte, se actúa denunciando las situaciones de violencia racista y/o abuso de poder, por otra, se reconoce la importancia de combatir la xenofobia mediante acciones encaminadas al trabajo con la población nativa, y denominadas, quizá un tanto paradójicamente, “campañas de sensibilización”. En este caso se juega con el binomio igualdad/diferencia teniendo como referencia la interculturalidad. Lemas como “Unir sin confundir, distinguir sin separar” son reflejo del diálogo cultural que se propugna. La cuestión que nos interesa analizar es como se elaboran las categorías de igualdad y diferencia desde las posiciones solidarias con la inmigración. Es evidente que las campañas de sensibilización se presentan como la alternativa al discurso racista esgrimido por las posiciones más conservadoras, que, como ha sido denunciado reiteradamente, coloca al inmigrante bajo sospecha, cuando no lo construye como “inintegrable cultural” (de Lucas y Torres, 2002). Estas representaciones sociales constituyen un mensaje de alto calado electoral, por lo que su producción y difusión mediática alcanza sus puntos álgidos en las declaraciones y mítines de los políticos en campaña. Frente a estos discursos, las organizaciones pro-inmigrantes reaccionan en la doble actuación de denuncia y producción de contra-discursos que hemos mencionado. Sin embargo, en el ámbito de la producción de estos contra-discursos es posible observar algunos sesgos que resulta conveniente analizar.

En primer lugar, el binomio igualdad/diferencia supone de facto la construcción simbólica de dos colectivos en el imaginario social: un “nosotros” autóctono y un

“ellos” inmigrante, que simplifica, e incluso obvia, la heterogeneidad de grupos presentes en la interacción social. En principio, este no parece el mejor punto de partida para atenuar las diferencias, sino para subrayarlas. No debemos olvidar que, pese a la crisis de la institución, el Estado-nación como comunidad imaginada (Anderson, 1993) sigue siendo el soporte del parentesco metafórico que vincula a la “comunidad nacional”. Es por tanto congruente que la población autóctona pueda identificarse con discursos que se plantean como protectores de los españoles. Cuando ninguna de las partes involucradas en la producción de los discursos sale del binomio establecido para deconstruir esta dicotomía, lo nacional se constituye en el referente por antonomasia de los derechos, particularmente los referidos al territorio y los recursos, legitimando en el plano simbólico la xenofobia, particularmente en tiempos difíciles. Por otra parte, el “ellos” que construyen estos discursos es también una evidente mistificación, mucho más insostenible habida cuenta la diversidad étnica y cultural de los inmigrantes. De esta forma, se eleva una categoría, la de inmigrante, al plano de la existencia estructural, construyendo un bloque diferenciado y homogéneo en el que la única discusión posible es el tratamiento a recibir. Resulta imposible no dejar de percibir que, aunque sea como efecto no deseado, estas campañas, al no cuestionar la capacidad del Estado-nación para integrar al conjunto de la población, inciden de manera muy evidente en la legitimación de la institución, manteniendo la ficción de su capacidad de integración.

Como hemos planteado, en situaciones de crisis la xenofobia experimenta un importante crecimiento. No queremos finalizar este apartado sin comentar el solapamiento que tiene lugar, en el ámbito de los discursos, entre la xenofobia y el racismo. Si entendemos el racismo a la manera de Foucault (1992), como la capacidad de ejercer el poder de discriminar, resulta un tanto incongruente otorgarle este poder al conjunto de una ciudadanía cada vez más discriminada. Es evidente que existe un racismo institucional, un racismo doctrinario, un racismo de abuso de poder, e incluso un racismo interpersonal, cuando la persona autóctona puede otorgarle a la dimensión de dominación de clase una dominación étnica. Sin embargo, habría que tener cuidado a la hora de hablar de racismo entre vecinos que comparten una misma posición de clase y de estatus, independientemente de su nacionalidad. De hecho, acusar a estos vecinos autóctonos de racistas, como se hace en numerosas ocasiones, supone dos sesgos importantes: en primer lugar, reenvía a la imagen de una integración social vinculada a la posesión de la nacionalidad, en segundo lugar, reenvía a la imagen de que los conflictos son obra de unos nacionales que, además de integrados, son racistas, facilitando la contra-argumentación que se limita a cambiar de lugar a los agresores y a las víctimas.

Trascender el binomio agresor-víctima supone desplazar el análisis del conflicto “racial” de los sujetos actores a las condiciones de existencia del conjunto de la población, lo que, a su vez, nos lleva a enfocar a nuevos agresores y a nuevas víctimas “en tiempos de globalización”.

Conclusiones

Hemos efectuado una reflexión sobre algunas de las representaciones sociales y los discursos sobre la inmigración presentes en los grupos y sectores identificados como la izquierda política, en la que destaca la diversidad de planteamientos sobre la diversidad cultural. Esta reflexión ni agota el campo de la producción narrativa sobre este tema, ni pretende adjudicar una correspondencia entre discursos y grupos. Tal y como planteamos la cuestión en el apartado teórico, nos interesa subrayar la parcialidad subyacente a la construcción de categorías analíticas y la imposibilidad de separar la experiencia social en ámbitos claramente diferenciados como “lo económico”, “lo social”, “lo político” y lo “cultural”. El hilo conductor que conecta las distintas representaciones sociales y discursos analizados es la crisis de sentido que caracteriza la etapa actual del desarrollo de los Estados-nación y el papel que tienen en los procesos sociales contemporáneos ciertos complejos de relaciones transnacionales involucrados en la producción narrativa, por presencia u omisión. De esta forma, el instrumentalismo, el “wishful thinking” y las reflexiones sobre los nuevos sujetos sociales que acompañan las narrativas sobre el fenómeno migratorio en tiempos de globalización deben ser contemplados como ejemplos de la multiplicidad de significaciones y sentidos de la acción social y de su correspondencia con la existencia de modelos simultáneos que desarrollan diferentes condiciones de posibilidad, en una apuesta consciente y deliberada de traer al primer plano del análisis la subjetividad de la experiencia social.

Bibliografía

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, A. (1990) *Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy*. En Featherstone, M. (Ed.), *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity* (295-310). Londres: Sage Publications.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós. Estado y sociedad.
- Berger, P. L. y Luckmann, T (1997). *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós. Estudio
- De Lucas, J. y Torres, F. (2002). *Inmigrantes ¿Cómo los tenemos? Algunos desafíos y (malas) respuestas*. Madrid: (Talasa)

Eriksen, T. H. (1993) *Ethnicity and Nationalism. Anthropological Perspectives*. Londres: Pluto Press

Godelier, M. (1989) *Lo ideal y lo material: pensamiento, economías, sociedades*. Madrid: Taurus

Guerrero, A. (2000). El proceso de identificación: sentido común ciudadano, ventriloquia y transcritura. En Guerrero, A. (comp.), *Etnicidades. Antología Ciencias Sociales (9-60)*. Quito: FLACSO- sede Ecuador.

Haraway, D. (1991). *A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century*. En Haraway, D. *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature (149-181)* New York: Routledge.

Martín, E. (2003). *Procesos migratorios y ciudadanía cultural*. Sevilla: Mergablum. Edición y comunicación.

Martín, E. y Castaño, A. (2004). El encierro de los inmigrantes en la Universidad Pablo de Olavide. Sevilla. En López, B. y Berriane, M (directores) *Atlas de la inmigración marroquí en España (251-252)*. Madrid: TEIM-UAM.

Mato, D. (2003). Introducción. En Mato, D. (coord.) *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización (11-16)*. Caracas: FACES, UCV.

Mato, D. (2004). Introducción. En Mato, D. (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización (11-16)*. Caracas: FACES, UCV.

Moreno, I. (2002). *La globalización y Andalucía. Entre el mercado y la identidad*. Sevilla: Megablum. Edición y comunicación.

Montura, G. (1992, septiembre) *Forme della presenza extracomunitaria nella agricoltura italiana: resultati di una prima esplorazione*. Ponencia presentada al curso de la UIMP, dirigido por C. Giménez. Valencia.

Pugliese, E. (1992, septiembre) *L’immigrazione in Italia: un confronto tra Nord e Sud*. . Ponencia presentada al curso de la UIMP, dirigido por C. Giménez. Valencia.

Stiglitz, J. (2002). *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus.

Wieviorka, M. (2003) *Diferencias culturales, racismo y democracia. Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización (17-31)*. Caracas: FACES, UCV.

Datos del autor

Emma Martín Díaz es catedrática del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Sevilla y miembro de GEISA (Grupo Para el Estudio de las Identidades Socioculturales en Andalucía). Sus investigaciones se han centrado en el análisis de los procesos migratorios y las relaciones interétnicas. Desde 1995 dirige una línea de investigación que tiene como objetivo el análisis de la "nueva inmigración" en España, y en concreto en Andalucía.

Historia editorial

Recibido: 10/09/2011

Primera revisión: 15/09/2011

Aceptado: 05/10/2011